



## DE JACINTO ROVIRA.

PRIMERA PARTE DE LOS VALEROSOS HECHOS  
de este arrogante mancebo, natural de la villa  
de Ayelo en el reyno de Valencia.

**R**etumben con armonía  
los clarines de la fama,  
llevando mi nombre en ecos  
à las naciones extrañas:  
publique Marte mis hechos  
con sus trompas y sus caxas,  
sus pifanos y tímboles,  
que como lirás de plata  
resuenen por todo el orbe,  
ponderando mis hazañas.  
Pare su curso la luna,  
tiemblen los montes y plantas;

y las fieras mas horribles,  
con sus impías entrañas  
se pasmen de mi valor,  
y tiemblen de mis hazañas.  
Ningun guapo me de voces,  
ni me miren à la cara,  
porque pienso que al mirarme,  
si con atencion reparan,  
es cierto que de mirarme,  
morirán, viendo mi saña.  
Escóndase Pedro Ponce,  
Martín Muñoz y Villalva:



El Pelado de Aragón  
conmigo no vale nada;  
tampoco Martín Piñero,  
el que à Murcia la nombrada  
la puso en consternación  
con sus fuertes arrogancias.  
Tampoco Mateo Bener  
se atreva à sacar la cara,  
ni el guapo Agustín Florencio,  
ni Juan de Robles de fama,  
ni el fuerte Francisco Estévan,  
que de sus hechos la fama  
le labró eterno renombre  
al escudo de las armas.  
Tiembren todos de mi orgullo,  
y cuantos guapos la fama  
celebra con trompas de oro,  
à vista de mis hazañas,  
todos queden en silencio,  
y no profieran palabra.  
Preguntará mi auditorio:  
aqueste león de Alvanía,  
aqueste tigre sangriento,  
aquesta serpiente airada,  
este fiero basilisco,  
que es de la muerte guadaña,  
quién es, ó cómo se dice?  
por mí responda la fama;  
y si no, diga mi lengua  
el nombre que me acompaña.  
Jacinto Rovira soy,  
de esclarecida prosapia:  
nací en la villa de Ayelo,  
tan inclinado à las armas,  
que por mi divertimento  
jugaba mucho à la espada;  
luego maneje escopeta,  
y me aficioné à la charpa.  
En este tiempo mis padres,  
por conveniencias que hallan,

fueron à Villajoyosa,  
trasladando su morada,  
en cuya villa los mozos  
ya un los hombres me temblaban.  
Viendo mis padres mi ingenio,  
que por sutil celebraban,  
y que mi talento era  
digno de ciencias mas altas,  
à Gandía me enviaron  
para que en aquella sabia  
Universidad pudiera  
adelantarme en sus aulas,  
y llegar por este medio  
à la dignidad preclara  
del sacerdocio, mas yo  
(aquí empiezan mis desgracias)  
como no me sentó bien  
el vestirme la sotana,  
todo el tiempo se me iba  
en reñir algunas causas;  
que como en mí no hubo miedo,  
jamás les volví la cara  
à los guapos mas temidos,  
que en la ciudad celebraban.  
Por una niña bonita  
de sangre calificada,  
tuve mi primer empeño,  
siendo Cupido la causa.  
Pues un primo hermano suyo,  
que de jaque se preciaba,  
viendo clara su deshonra,  
me dixo ciertas palabras  
con sobrado atrevimiento;  
mas yo con furiosa rabia,  
arrancando mi puñal,  
le di siete puñaladas,  
dexándomelo à mis pies  
por trofeo de mi saña.  
Viéndome ya en tal empeño,  
y que mi vida arriesgaba,

pro-

procuré de allí ausentarme  
con cuidado y vigilancia,  
y me parti à Ziragoza,  
donde estando una mañana,  
despues que corrí sus calles,  
rempos, palacios y plazas  
(divuxo hermoso de aquella  
ínsigne corte romana)  
viendo yo gran multitud  
de soldados, y que estaba  
allí la bandera real,  
y ocasion de adquirir fama  
senté plaza muy gustoso,  
que á mi inclinacion tan rara  
de Marte el horror y estruendo  
es solo lo que le agrada.  
Soldado en fin, me parti  
con el capitan de guardia,  
escoltando una reclusa,  
que à Tortosa los llevaba.  
Cuando sintiendo un tropel,  
estando aun à corta marcha,  
reconocimos que eran  
miqueletes, y que andaban  
siguiéndome à mi los pasos  
por breñas y por montañas.  
Cuatrocientos y mas eran  
los que este cuerpo formaban;  
pero yo y mi capitan,  
que era un soldado de fama,  
con el cuidado y cautela  
que el caso necesitaba,  
los esperamos à un tiempo,  
previniendo nuestra escuadra,  
cuando de unos y de otros  
pudo oirse: abanza, abanza.  
Yo entonces que vi el incendio,  
y tan sangrienta batalla,  
metí espuelas al caballo,  
y echando mano à la espada,

parecí entre los contrarios  
una fiera desatada.  
En este tiempo el caballo  
me hirieron con una bala;  
pero arrojándome à tierra,  
cual basilisco con rabia,  
hice tal destrozo en ellos  
con mi cortadora espada,  
que ya piernas y ya brazos,  
y ya cabezas rodaban.  
A este tiempo el capitan,  
al impulso de una bala,  
vide que tendido en tierra,  
ya el aliento le faltaba,  
y un catalan atrevido  
el vestido le quitaba:  
cuando con denuedo ayroso  
le tiré una cuchillada,  
que la mitad del pescuezo  
le corté, y à la venganza  
acude otro compañero,  
quien me disparó una bala,  
hiriéndome en una pierna;  
y yo como sierpe airada,  
me arrojé sobre el traydor,  
y al impulso de mi espada  
le destrocé la cabeza  
de cinco ò seis cuchilladas.  
Huyeron los enemigos,  
reconociendo pujanza:  
y entonces mi capitan,  
estimando mis hazañas,  
à su costa y con regalo,  
dispuso que me curáran.  
Entrando yo en Martorel,  
me enamoré de una dama,  
que en asco y hermosura  
era un retrato de Palas.  
A este tiempo un capitan  
gambien la galanteaba;



mas yo rabiando de celos,  
como una sierpe pisada,  
me atreví à desafiarme,  
y él aceptó mi demanda.  
Salimos los dos al campo,  
y en breve espacio mi espada  
le abrió dos puertas al cuerpo,  
para que saliese el alma.  
Hallándome mal seguro  
entre las tropas de España,  
me determiné à embarcarme,  
y en una nave que estaba  
en la insigne Barcelona  
de viage para Holanda,  
me embarqué, y en mes y medio  
llegué à la ciudad de Haya,  
que se nombra corte insigne  
de los estados de Holanda.  
Allí estuve quince días,  
y luego sin repugnancia  
me pasé à la Inglaterra,  
y di la vuelta à Vizcaya  
y Portugal, y en Lisboa  
desembarqué con bonanza.  
Al cabo de poco tiempo  
pasé al reyno de Navarra:  
de allí cogiendo el camino,  
atravésé toda Francia,  
y llegando hasta Tolon,  
me embarqué para la Italia.  
De allí me partí à Viena,  
que es la corte de Alemania,  
donde estuve quatro meses:  
y viendo que me enfadaba  
el finflau de aquella lengua,  
me volví otra vez à Italia.  
Tambien estuve en Sicilia,  
y de allí con vigilancia  
me embarqué para Mallorca,  
en cuya ciudad de Palma

estuve unos quatro meses  
y un dia por su desgracia  
un barbero, que por guapo  
el pueblo le veneraba,  
se desvergonzó conmigo,  
mientras me hizo la barba.  
Sufri por la contingencia  
que amenazó à mi garganta,  
y aquella tarde siguiente  
me sangré y eché en la cama,  
para que el pueblo de mi  
en nada se recelára.  
Llegada que fue la noche,  
alzándome de la cama,  
con gran tiento me salí  
à executar mi venganza.  
Descubrí al señor Barbero,  
que tocando una guitarra,  
muy olvidado de mí,  
se aseguraba en su casa:  
le asesté una carabina  
con quatro sangrientas balas,  
con las cuales la vihuela  
contra el pecho hice migajas.  
Volvíme muy poco à poco  
à la vuelta de mi casa,  
y con el poco egercicio,  
ò la fuerza demasiada,  
soltóseme la sangría,  
y la gente de la casa,  
viendo esta demonstracion,  
se recelan lo que pasa.  
Por cuya causa al instante  
me embarqué en una tartana,  
y à otro dia en Barcelona  
seguro me desembarcan.  
Y aquí, discreto auditorio,  
le doy fin à aquesta plana,  
y en otra segunda parte  
referiré lo que falta,



## SEGUNDA PARTE DE JANCINTO ROVIRA.

**L**irgo pues que en Barcelona  
à fixar llegué las plantas,  
me mantuve algunos días,  
paseándome en sus plazas,  
divertido en sus primores,  
que son de grande importancia.  
Algunos guaperonazos,  
de estos de la vida airada,  
me tomaron entre ojos,  
y una noche por la rambla  
pasaba yo con descuido,  
cuatro de ellos me aguardaban,  
y por probar mi valor,  
comienzan à carcajadas,  
haciendo burla de mi.  
Pero yo, que ya la saña  
me salia por los ojos,  
les dixé: infame canalla,  
si acaso ignorais quien soy,  
apercibid vuestras armas.  
Esto dixé, y cogí un tronco,  
que allí cerca divisaba,  
y empezamos la refriega  
mas sangrienta que en las aras  
del fiero Marte se ha visto,  
ni ha sucedido en batalla.  
De los cuatro maté à tres,  
y el otro herido se escapa.  
Hirieronme en una pierna,  
cuya herida fatigaba  
lo bastante mi valor;  
pero entréme en una casa,  
en donde una buena viuda  
tenia allí su morada.  
Supliquéla, que por Dios  
me asistiera y me curara;

hízolo con tanto amor,  
y caridad tan sobrada,  
que viendo que la justicia  
vigilante me buscaba,  
me ocultó con gran piedad  
en un cuarto de su casa.  
Reparé, que muchas veces  
que delante de mi estaba,  
lloraban mucho sus ojos,  
y suspiros exhalaba.  
Preguntéla: madre mia,  
qué la aflige ò qué le embarga  
el natural sufrimiento?  
dígame si soy la causa.  
Respondióme: tú, mancebo,  
has destruido mi casa,  
porque mataste à mi hijo  
esotra noche en la rambla;  
pero yo mirando à Dios,  
que en sus preceptos me manda  
que al enemigo perdone,  
digo que de buena gana  
te perdono; ve seguro:  
Dios te libre de desgracia,  
que por mi ningún agravio  
te se hará; y así mañana,  
supuesto que estás mejor,  
te puedes ir à tu patria.  
Yo entonces me eché à sus pies,  
diciendo me perdonara,  
que no tenia la culpa  
del suceso que pasaba.  
Levantóme y consolóme,  
y à otro día me prepara  
comida para el camino,  
y salí dándole gracias

à aquella buena muger,  
ò aquel ángel de mi guarda.  
Salí de Barcelona,  
y estando à una legua larga,  
encontré cinco soldados  
prevenidos de sus armas:  
saludéles muy cortes,  
y ellos que me ven la charpa,  
me dixerón la soltase  
en tierra sin repugnancia.  
Yo que conocí el peligro  
que tan cierto me amenaza,  
cogí el tronco de un olivo,  
y empecé à jugar las armas  
con tal dicha, que los tres  
en tierra se revolcaban,  
y los dos viendo el peligro,  
que cierto les amenaza,  
se valieron de los pies,  
huyendo mi furia extraña.  
Salí de aquesta refriega  
sin lesión, y con gran ansia  
enderezando el camino  
para venirme à mi patria,  
muy cerca de Martorel  
dos catalanes estaban  
prevenidos de escopetas,  
y al pasar yo, me disparan  
dos tiros para robarme;  
y usando yo de mis mañas,  
me rendí de golpe en tierra  
como muerto, y luego arrancan  
à despojarme la ropa,  
y todo lo que llevaba.  
estando cerca de mí,  
me senté con arrogancia,  
disparéles dos pistolas  
à un tiempo, con cuya carga  
los despaché de este mundo,  
para que jamás robaran,

Proseguí en paz mi camino,  
hasta que en Valencia entraba,  
y di gracias à la Reyna  
Madre de Dios soberana,  
Madre de Desamparados,  
que me libró de desgracia  
en peligros tan patentes  
como à mí me amenazaban.  
Salí luego de Valencia,  
y à Gandía caminaba,  
no acordándome en efecto  
de àquella muerte pasada:  
pero en medio del camino  
encontré por mi desgracia  
al hermano del difunto,  
que con otros caminaba,  
y luego que me conoce,  
se previene à la venganza  
de su hermano: pero yo  
que las acciones miraba,  
aunque pesaroso, alisto  
los alientos y las armas.  
Y todos chocando fuertes  
conmigo, como piratas,  
me dieron bien que entender;  
mas yo con furiosa rabia  
disparando mi trabuco,  
con el furor de las balas  
al hermano di la muerte.  
y los demás que batallan  
solo por el pundonor  
de acompañarle, se cansan,  
y trepando presurosos,  
me volvieron las espaldas.  
Pero tomando los pasos  
la Justicia, con el ansia  
de prenderme, por aviso  
de los que de mí se escapan,  
me cercaron animosos,  
diciendo: rinde las armas.

Pero yo que nunca pude  
escuchar tales palabras,  
les disparé mi trabuco  
con tan no vista arrogancia,  
que à cinco les di la muerte,  
y tres heridos se hallan.  
Pero como fueron tantos  
los que me cercan y atajan,  
rendime, bien de por fuerza,  
y preso, me desarman.  
A Valencia me conducen,  
y en la torre me afianzan,  
fulminando por minutos  
mis delitos y mis causas.  
Y viendo que no hay remedio,  
y que está la suerte echada,  
de un gitano, que en la torre  
tambien prisionero estaba,  
me valí, y aconsejados,  
una rexa y su ventana  
falsé con instrumentos,  
y escapamos, sin que haya  
persona que nos lo impida,  
ni aun los soldados de guardia.  
Tomé el camino de Agres,  
en cuya villa me amparan,  
entretanto que mi tío  
me socorre con su plata.  
En este tiempo el alcalde,  
supo por cosa muy clara,  
que à la justicia de Alcoy  
avisó con vigilancia.  
Paguéle a queste recuerdo  
con lo blanco de dos balas,  
que le envié por la posta,  
al impulso de una carga.  
Fuime à la villa de Planes,  
y un amigo que me ampara,  
me contó que à una hija suya,  
doncellira muy honrada,

un cierto bribon de mozo,  
porque ella el sí no le daba,  
le cruzó la cara osado;  
mas yo sin hablar palabra,  
tomándole bien las señas,  
en su busca caminaba.  
Cogíle por su desdicha,  
y de un trabuco la carga  
lo arrojó mas de seis pasos  
del terreno que ocupaba.  
Viniendo por el camino,  
encontré armado de charpa  
à un bizarro labrador,  
que de guapo rebentaba;  
me arrimé y con un puñal  
hícele soltar las armas.  
Partíme otra vez à Agres,  
y me dixerón que andaba  
el nuevo alcalde muy listo,  
por escaxarme en la jaula.  
Teniendo de esto noticia,  
me fui derecho à su casa,  
y le llamé, por decirle  
cuatro cosas de imporrancia.  
Tiróme un pistoletazo,  
pero quiso su desgracia,  
que la pistola dió fuego,  
pero no salió la carga.  
Tiréle con una mia,  
con tal acierto y pujanza,  
que sin poderse valer,  
le partí por las espaldas.  
Paséme à Villajoyosa,  
y estando un dia en la plaza,  
vi que un hombre con vigotes  
vendiendo estaba manzanas.  
Llegóse en a queste tiempo  
una señora preñada,  
y sobre escoger la fruta,  
que mas à ella le agradaba,



la despidió muy soberbio;  
y yo sacando la cara,  
le dixé que la dexase  
tomar lo que la gustaba:  
Respondió que no quería,  
con desvergüenza sobrada;  
pero yo asile un vigote,  
y tirando de él con rabia,  
le arranqué vigote y labio,  
y en tierra lo pateaba.  
Un mozo desvergonzado  
à una dama cortesana  
hartóla de puntapiés,  
y ella viéndose injuriada,  
lo que le pasa me dixo,  
conque sacando la cara,  
al soplo de una pistola  
al mozo dexé sin alma.  
En fin, para qué me canso,  
si no pueden ser nombradas  
las muertes que a questo brazo  
ha executado con rabia?  
pues no hubo empeño, agravio,  
pendercias, riñas, desgracias,  
que no executase, siendo  
juez que sentenciaba causas,  
con asombro de los pueblos,  
y terror de las montañas.  
Pero queriendo ya el cielo  
dar fin à maldades tantas,  
y prevenirme piadoso  
del infierno que me aguarda,  
cierto dia que en un monte  
mayores muertes trazaba,  
y la ira y el enojo  
prevenía con las armas,  
oí una voz que terrible,  
nombrandome, me amenaza.  
Faltóme aquí mi valor,

y lleno de miedo y ansias,  
casi en brazos de la muerte,  
mi aliento titubaba:  
todo susto, todo horror,  
todo miedo que me pasma,  
caído como otro Pablo,  
yerta la voz, se levanta  
al cielo mi tierno llanto,  
y estas voces mal formadas  
dixé: Señor, ya conozco  
mis delitos, y que bastan  
para un infierno de penas;  
pero à vuestra piedad clama  
esta ovejuela perdida:  
merezca, Señor, que entrada  
vuelva à tener en tu alvergue,  
porque no se pierdan tantas  
misericordias que usaste  
por tu bondad con mi alma.  
Esto dixé, y al instante  
me fui à la villa de albayda,  
y en un sacro monasterio  
de franciscos se repara  
mi susto en la confesion  
que hice de mi vida larga.  
Salíme de aquel convento,  
y caminando à Alfafara,  
mis contrarios à este tiempo  
tenian una celada,  
y al pasar por medio de ellos  
me dieron carga cerrada,  
à cuyo incendio horroroso  
dexan el cuerpo sin alma.  
En esto paró Rovira,  
señores, y en esto pararon  
los que sin conocimiento,  
sin Dios ni ley soberana,  
cometen tales delitos,  
y causan tales desgracias.

F I N.

EN VALENCIA; Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería.